

*Los primeros años del emperador Constantino*

# EL OCASO DE ROMA



**CARLOS DE MIGUEL**

  
ESPASA

CARLOS DE MIGUEL  
EL OCASO DE ROMA



© Carlos de Miguel, 2023  
© por los mapas de las guardas, CalderónSTUDIO®  
© Editorial Planeta, S.A., 2023  
Ediciones Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 9.592-2023  
ISBN: 978-84-670-6726-2

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Rodesa, S. A.  
Impreso en España / *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# CAPÍTULO 1

## FILIPÓPOLIS

*Tracia, idus de octubre, 272 d. C.*

Helena cerró los ojos una vez más intentando conciliar el sueño. No era fácil mantener el equilibrio en aquel viejo rucio, pero ya estaba acostumbrada. Desde pequeña solía recorrer, montada en él, la vía que va de Drépano a Nicomedia, con su padre y algunos esclavos. En aquel tiempo era un borrico alegre y de pelo suave, fuerte y decidido. Ahora, casi veinte años después, aquel viejo compañero la llevaba en el que sería su último viaje. Huesudo y medio ciego, rendía así el animal su último servicio a la muchacha. El niño que llevaba en su interior se movía como un pez nervioso y asustaba a la joven Helena que solo podía mirar, resignada, a su alrededor. A lo lejos, la primera luna de otoño. En Bitinia, como en todos los rincones del mundo, los campesinos guardaban ya sus cosechas antes del invierno y se lanzaban a los montes en busca de las últimas piezas bajo esa luna grande y generosa. Ahora, sin embargo, eran los soldados los que parecían aprovecharse de esa gran luna rojiza, anaranjada casi, que les permitía alargar un poco más la jornada antes de montar campamento.

La marcha era lenta, pero transcurría sin pausa. Los clavos de las suelas resonaban, machacones, rítmicos, sobre las anchas lajas de la *Via Militaris*, esa gran arteria que unía el

Bósforo con la vieja Singidunum, en la raya del Danubio, el gran limes. El ruido era ensordecedor. A las fuertes pisadas de los soldados se unían los cascos de los caballos, las voces de los mandos, el crepitar de las ruedas, el mugir de las bestias de carga y el aullido de los perros. Era como una ciudad en movimiento. Varias legiones, quién sabía cuántas, que Helena nunca se molestó en contar. Miles de soldados —de a pie y de a caballo—, a los que seguía toda la impedimenta formada por otro ejército de pesados y chirriantes carros, cientos de ellos, portando los equipos de asedio, la artillería, el mobiliario y materiales de construcción, así como mulas y bueyes, comerciantes, prostitutas, augures y sacerdotes. Por último, marchaban las familias de los soldados: esa otra tropa invisible de mujeres y niños. Todos caminaban convenientemente protegidos, a salvo de ataques inesperados —ya bárbaros, ya bandidos o ambas cosas— por una nutrida escolta de jinetes. Una gran serpiente, en definitiva, de varias millas de largo, variopinta y crujiente, en su lento caminar de este a oeste, del Bósforo al Danubio.

Ella nunca había estado interesada en temas militares. Los ejércitos iban y venían, eso siempre lo supo, pero no eran otra cosa que clientes, gentes itinerantes con la bolsa llena y la garganta seca. Fanfarrones inclinados a la algarabía y al bullicio, eran también generosos y no reparaban en gastos. Gracias a ellos, sus padres pudieron prosperar allá en Drépano. Un mesón, que era una hospedería, una *mansio* de dos pisos con caballerizas, su propio molino para moler trigo, ganado, un gran huerto plagado de hortalizas y algunas viñas, amén de una casa para los sirvientes, cobertizo para los aperos, hornos, moldes para fabricar los quesos y un lagar. Todo ello junto a la calzada que venía desde Nicomedia y que, hacia el sur, llegaba a Éfeso y a las ciudades del Egeo, y hacia oriente hasta Tarso, Antioquía y Edesa.

Helena pensó en todas esas ciudades. Había visitado algunas, y eran urbes bulliciosas en donde se mezclaban y se

hablaban mil lenguas, mil dialectos en las puertas de las murallas, en las calles y plazas de los mercados, o en las antesalas de los templos. Cerrando los ojos parecía oír, aún hoy, los gritos de los comerciantes cantando los precios y describiendo los productos, el traqueteo de los carros, los empujones de los esclavos que portaban las literas de sus amos, la mezcla de olores —mirra, clavo, incienso y canela—, aunque lo que más recordaba era el sol: el omnipresente astro rey que, en oriente, parecía brillar con más fuerza. Qué diferente, sin embargo, le parecía todo lo que veía ahora a su alrededor. Moesia y Tracia eran frías. Los campos eran verdes y frescos pero las aldeas eran pequeñas, y las ciudades parecían más campamentos militares que otra cosa.

Por sus frescos valles, cruzando ríos caudalosos y espesos bosques, la *Via Militaris* conducía a la comitiva, mera comparsa de las legiones, a través de las brumas de Occidente.

Casi noche cerrada.

El viento del norte movía apenas los primeros copos de la temporada. Nieve ligera que se arremolinaba danzante antes de rozar el suelo. Las voces de los mandos, a lo lejos, bramaban en un latín tosco, áspero, que era el latín de los soldados. La comitiva detuvo el paso. Gémina, la joven sierva, que había caminado todo el trayecto a su lado, miró preocupada a Helena.

—Tenéis mala cara, *domina*.

—¡Ay, hija!, ayúdame a bajar. Cómo lo siento hoy.

La sierva miró a su ama, preocupada, y la ayudó a descender del rucio. Gémina rondaba los dieciséis años y era menuda, aunque de cuerpo flexible y de espíritu animoso, por lo que aguantaba el trabajo duro y las caminatas que fuera necesario sin inmutarse.

—Y más que lo sentiréis, señora. Es la ley de esta vida. Imaginaos a mi madre que tuvo a dos de golpe.

—¿Y dónde está tu hermana?

—Murió al nacer, señora. —Y según pronunciaba estas palabras enmudeció de repente, como si hablando de estos temas

fatídicos estuviera tentando al hado y atrayendo la mala fortuna para el niño todavía no nacido de su señora. Así que añadió—: Ahora que me fijo en vuestro vientre, lo tenéis poco abultado aún, aunque muy alto, casi bajo los pechos, lo cual indica, primero, que será varón y, segundo, que goza de buena salud.

—Así lo quiera la Gran Madre, Gémina.

Helena alzó la cabeza mientras miraba al cielo plomizo. Seguía nevando.

—No deberíamos haber viajado en estas fechas. Es casi invierno.

—Y más en estas tierras, señora, que cuando no es invierno está lloviendo. Así está todo de florido, que en mi vida he visto yo tanto bosque junto. A ver si mañana llegamos a esa ciudad, como quiera que se llame.

—Filipópolis, una gran ciudad según dicen. Allí no nos ha de faltar de nada.

Cuando cayó la oscuridad, Helena y Gémina se abrigaron bien con las mantas que traían. No había tienda para ellas, ni siquiera una lona para cubrirse de la intemperie, así que, de esta manera, al raso, pasaron la noche junto al fuego del campamento. Frente a ellas, otros tantos rostros de viajeros, otras mujeres, otros niños abrazados a sus madres formando, todos, un gran círculo alrededor de la hoguera. Al día siguiente entrarían en Filipópolis, la gran ciudad de Tracia, en donde permanecerían los días que el emperador y su gran ejército estimaran oportuno antes de proseguir ruta hacia Occidente. Tras Filipópolis llegarían a Serdica y por fin a Naissus, en Dardania, en donde Flavio Constancio había hecho uso de sus contactos e influencias, ya que era natural de aquellas tierras, a fin de conseguir un alojamiento en el que Helena pudiera alumbrar al niño que ambos esperaban y que habría de venir hacia febrero, sin sufrir los sobresaltos e incomodidades propios de los viajes. Y así, con este pensamiento, se quedó dormida.

\* \* \*

*Filipópolis*

El soberbio arco de Adriano engullía, como una gran boca abierta de par en par, a los que venían de oriente a través de la *Via Militaris*. Era la gran puerta del este que se erigía, monumental y orgullosa desde hacía un siglo, para dar la bienvenida a los que llegaban a la ciudad. La muralla impresionó a Helena, que miraba hacia arriba desde el rucio hasta perder la vista en las almenas, que parecían rozar el cielo. A sus pies, el río Hebrus surcaba los márgenes de la ciudad para regar sus huertas.

Nada más atravesar la puerta de Adriano, la *Via Militaris* se abría en un amplio abanico de calles, algunas de gran anchura, permitiendo el paso de varios carros junto a transeúntes y curiosos que deambulaban de aquí para allá en una actividad frenética. Al norte, el acueducto, gran construcción de ladrillo dispuesta en bandas horizontales rojas y blancas, y, junto a él, el teatro de la ciudad, de aspecto ruinoso en algunas de sus partes, y que obreros de toda condición, esclavos, asalariados y también ingenieros y arquitectos, se afanaban en reconstruir.

—Quedó muy maltrecho tras el gran ataque de los godos —dijo una voz cálida, casi susurrante, a espaldas de Helena.

—¡Constancio! —gritó ella, dándose la vuelta.

La joven pareja se fundió en un cálido abrazo.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy aburrido. Te hemos echado de menos. El niño y yo.

Helena palpó su vientre, cuyo volumen crecía de manera visible con el paso de los días y las semanas. Sus manos eran pequeñas y de rasgos delicados, a pesar de cierta aspereza adquirida con los años a fuerza de ejercer su oficio de *stabularia* y que no era otra cosa que servir mesas, atender clientes y ayudar, en resumidas cuentas, a sus padres en la *mansio* de Drépano. Casi dos décadas paseando su cuerpo de manera

habilitosa entre los pasillos que se abrían entre las mesas y los bancos, cuando no esquivando las piernas torpes de los comensales o desoyendo los exabruptos de los borrachines; y así, ya con veintidós años que cumpliría en pocos meses, se daba cuenta de que poca vida llevaba sobre sus hombros más allá de sus experiencias en Drépano, la ciudad de la luz que se abría al mar de Mármara.

Como había quedado en encontrarse con Constancio junto a la muralla norte de la ciudad aquel mismo día, Helena había cepillado con esmero su cabello castaño, de tonos casi trigueños, y lo había recogido con un bello prendedor, que había sido de su madre. Arreglada de esta guisa, mirando a su marido con sus ojos castaños brillantes y con sus manos blancas sobre la ligera curva de su vientre, a Constancio le pareció la criatura más hermosa que había sobre el mundo.

—Ven, Helena... venid —dijo Constancio, mirando también a Gémina, que había permanecido allí, quieta como una estatua, contemplando con ternura el reencuentro de la joven pareja—, es por aquí.

—¿Dónde nos alojaremos? ¿Estaremos muchos días?

—No demasiados, a decir verdad.

Constancio se había rasurado el rostro y lucía flequillo recto, como solían llevarlo muchos soldados, dejando así una frente amplia que daba a su semblante blancuzco un cierto porte aristocrático, a pesar de contar con poco más de veinte años. Guiando a Helena y a su esclava por las calles de Filipópolis se movía casi con la agilidad de un oriundo, pues era obvio que había estado allí más veces. Sobre sus cabezas se alzaban los estandartes imperiales, que colgaban de las almenas de las murallas, de las torres, y también de los templos, y de los pórticos.

—La ciudad se prepara para recibir al emperador. El gran Aureliano se dejará ver mañana en el foro, y, con él, los miembros de su guardia, sus *protectores* —dijo, golpeándose el pecho con fuerza, orgulloso—. Zenobia, la reina traido-

ra de Palmira, se ha rendido a Roma y todo Oriente vuelve al imperio.

—Seguro que habrá una gran celebración —dijo Helena, asombrada.

—Así debería ser. —Constancio dudó entre dos calles, que se abrían a derecha e izquierda frente a la plazoleta en donde se encontraban—. Así debería ser —continuó—, pero desgraciadamente no habrá triunfo, ni juegos. Aureliano está aquí solo de paso. Hay noticias del norte.

Helena miró a su marido con cierta angustia. A pesar de que hacía tan solo dos años que se conocían —y de que había pasado uno de sus desposorios—, ella empezaba a intuir que cada vez que había noticias del norte, del este, o de donde fuera, Constancio tendría que ausentarse durante meses. ¿Sería su vida siempre así a partir de ahora? Quién lo sabía. Quizá esta situación solo se prolongase mientras durase el enfrentamiento contra Zenobia y luego las aguas volvieran a su cauce, tan pronto como acabara la guerra —aunque, ¿alguna vez terminaba?—. Lo que estaba claro era que él era un soldado a merced de los acontecimientos de frontera, y a ella, que hubiera preferido seguirlo como a su señor por el mundo y no separarse jamás de su lado, no le quedaba más remedio que resignarse y verlo de cuando en cuando. Ahora era la mujer de un soldado. La esposa legítima de un miembro de la guardia del emperador.

—¿Noticias del norte? ¿No marchabais hacia la Galia? —inquirió ella con cierto miedo.

—Los emperadores galos pueden esperar. Ya les llegará su turno. La prioridad ahora son los carpos dacios —dijo Constancio, concentrado, intentando no perderse en el dédalo que formaba la ciudad vieja—, godos, sármatas quizá. A pocas millas de aquí, en el Danubio, se prepara un ataque bárbaro a gran escala como no se veía desde tiempos de Cniva, el goda que destruyó esta ciudad veinte años atrás.

—¿Corremos peligro aquí?

—No —dijo Constancio, categórico y parándose en seco—, al menos de momento. Los bárbaros solo son capaces de llegar tierra adentro cuando el ejército imperial no está. Filipópolis correría peligro si estuviéramos en Egipto o en Siria, pero, con Aureliano aquí al lado, la victoria es segura, aunque llevará su tiempo. Daremos buena cuenta de los bárbaros, ya lo verás. —Y mientras decía esto acariciaba con ternura el rostro de la muchacha.

Al final de la calle se abría una gran avenida empedrada que desembocaba en el foro de Filipópolis, colosal plaza en rectángulo que era meollo y corazón de la ciudad romana. Esta parte monumental de la urbe estaba bien dispuesta y mejor trazada en cuadrículas perfectas, y concentraba en derredor los edificios oficiales y administrativos, así como los templos más importantes. Helena y Gémina se quedaron boquiabiertas, no porque nunca hubieran visto nada parecido en Nicomedia o en Nicea, sino porque no esperaban que allá, en la fría Tracia, en aquella tierra en donde soldados y bárbaros parecían ser enemigos íntimos, pudiera alzarse una maravilla semejante.

Constancio guio a Helena y a su esclava por el último tramo de la ruta. En una calle larga y recta, fragante por el incienso del cercano templo de Cibeles, se encontraba el *hospitium* en donde habrían de alojarse. Ubicado en los aledaños del foro, era un lugar frecuentado por funcionarios imperiales, *negotiatores* y otras gentes principales.

—¡Te habrá costado una fortuna! —dijo Helena sorprendida.

—Soy casi amigo del emperador —dijo Constancio, soltando una carcajada—. ¿Quién se negaría a hospedar a un fiel soldado de Aureliano?

—Qué cosas dices.

Helena estaba ligeramente turbada, ya que era conocedora de los costos y tarifas que los viajeros pagaban habitualmente por un hospedaje, al menos en la *mansio* de sus padres. Y aquello era casi una *domus*.

Gémína, hacendosa, descargó del rucio los bártulos y ense- res que traían mientras daba instrucciones a uno de los esclavos del *hospitium* para que lo alimentara convenientemente.

—Paja de cebada, si es posible —dijo—, y cascarilla, que el animal es viejo y tiene malos dientes.

—Vamos, Gémína, entremos.

Constancio había reservado una estancia pequeña y de aspecto limpio. Mobiliario escaso; apenas una cama, un arcón y algunas baldas. Helena, sentada sobre el lecho, miraba sus pies balanceándose sin tocar el suelo.

—Dices que nos alojaremos aquí pocos días. ¿Son tan urgentes los asuntos del norte? ¿Cuándo partís?

Constancio paseó por la estancia despacio mientras acariciaba su barbilla. Helena parecía darle la espalda mientras observaba, silenciosa, a través del pequeño vano que daba a la calle empedrada. Esperaba una respuesta

—Mañana —dijo sin pensar demasiado—. Mañana partimos al norte. —Y Constancio se arrodilló y tomó con delicadeza las manos de Helena, que seguía sentada en el lecho con el cuerpo frente a él, aunque con el rostro aún mirando hacia el ventanuco—. Los asuntos del Danubio no pueden demorarse por más tiempo. Aureliano nos necesita allí cuanto antes.

—¿Qué tiempos oscuros nos ha tocado vivir? Sin ti no podremos sobrevivir.

—Escucha, Helena, tienes que ser fuerte. Debes hacerlo por mí y por el niño. Una vez que estéis en Naissus, todo será más fácil, ya lo verás. Allí me conocen, tengo amigos, contactos, que cuidarán de ti hasta que vuelva.

Helena seguía mirando hacia la calle. La luz del ocaso se filtraba en la estancia y ella dejó caer, sin quererlo, algunas lágrimas.

—¿Cómo llegaremos hasta allí? Está lejos —dijo, sorbiendo su nariz.

—Por tierra. Si el invierno no se echa encima, estaréis allí en quince días. He preparado todo para el viaje.

Constancio se levantó entonces, nervioso, y empezó a pasear de nuevo por la pequeña habitación a medida que explicaba a su mujer todo lo que tendría que hacer para llegar sana y salva hasta Naissus. Helena, mientras, cerraba los ojos, encharcados, y palpaba su vientre con fuerza como si de esta manera esperara una señal del pequeño que llevaba dentro —una leve patada, un gesto o un cambio de postura. Algo que le dijera que no estaba sola, que él, su hijo, iba a estar con ella para ayudarla a sobrellevar el trance que la aguardaba.

—El viaje es largo —siguió Constancio—, y más con el invierno tan cerca. Yo mismo he recorrido el camino en un par de ocasiones. Sin embargo, las calzadas son buenas, y están bien surtidas de posadas y albergues. Así que por eso no debemos preocuparnos.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—La seguridad —dijo de manera casi rutinaria, intentando no preocupar a Helena—. Hay bandidos casi en cada millario por el hambre que atenaza en estas tierras. La mayoría son pobres diablos desesperados que no resistirían ni un asalto cuerpo a cuerpo contra un soldado cualquiera, sin embargo, atacan en grupo, como los lobos, y son peligrosos.

—Me estás asustando —exclamó Helena, y en ese momento pensó que su marido era un ser inconsciente y carente del tacto y de la delicadeza que se presupone a los esposos.

—Solo digo la verdad, Helena. No obstante, he conseguido un viaje seguro. Lento, pero seguro.

Helena interrogó a su marido con la mirada, como animándole a que se explicara mejor.

—He logrado —dudó a la hora de encontrar las palabras adecuadas— que forméis parte de una comitiva oficial que viajará con salvoconducto del emperador.

—¿Cómo es posible?

—Bueno —continuó Constancio—, como bien sabes, el *cursus publicus*, el servicio postal del emperador, incluye diferentes tipos de embajadas y correos, así como otras tareas que

llevan a cabo comisionados imperiales. En dos días sale uno de estos correos. Su cometido es llevar mercancías pesadas, cobre y otros metales, oro incluso, para la ceca de Sirmium. La ruta habitual toma la vía del norte hasta Nicópolis para después hacer el resto del viaje en barcas por el Danubio hasta Sirmium, Siscia o dónde sea necesario, pero ahora, con la Dacia en pie de guerra, el emperador no quiere arriesgarse. Por este motivo, tomará la vía terrestre hasta Naissus, y de allí, por río, hasta el puerto danubiano de Viminacium, lejos del alcance de los dacios. Dará un rodeo, pero a nosotros nos beneficia. Un viaje lento a través de montañas y desfiladeros, sí, pero estaréis protegidas por una nutrida guardia de jinetes. Nadie se atreverá a atacar un correo imperial de esas características.

—¿Cuándo vendrás tú a Naissus?

—Invernaremos en Dacia. Estaré en Naissus en primavera.

—En primavera —dijo mientras bajaba la cabeza, desalentada—, para entonces ya habrá nacido el niño.

Constancio afirmó tajantemente, serio, plantado frente a ella, intentando transmitir a su esposa parte de su seguridad. Pero a ella le pareció que el asunto era muy grave, pues no estaba el mundo para que las madres alumbraran solas, así como así, lejos de casa y sin un marido junto a ellas.

—Escucha, Constancio —dijo al fin, secando las lágrimas como podía, cabizbaja, susurrante—. Es tu deseo que nuestro hijo se llame Constantino, y así se llamará. No quisiera tener que cambiar su nombre a última hora por el de Póstumo, como ese emperador galo del que a veces hablas.

—Qué cosas tienes. Estaré de vuelta antes de que te des cuenta —contestó el soldado, arrodillándose de nuevo frente a ella—, aunque para entonces no estaréis aquí, sino en Naissus. Es más seguro.

Discurría de esta manera la conversación entre ambos esposos, que duró hasta bien entrada la noche. Y aún les dio tiempo a pasarla juntos hasta que, de madrugada, Constancio, besando la frente dormida de Helena, salió por la puerta sin hacer ruido.

Antes de reunirse con los suyos, sabiendo que casi había terminado su permiso, Constancio enfiló el empedrado calle abajo, hacia las dársenas y almacenes ubicados en los alrededores del puerto de Filipópolis, junto al Hebrus. Allí trabajaban ya los arrieros y transportistas colocando las planchas y lingotes de cobre y oro salidos de las entrañas de las minas de Adrianópolis y otros lugares de Tracia. Junto a ellos había un considerable grupo de funcionarios y contables que llevaban el registro de las mercancías. Todo se apuntaba y todo quedaba escrito, hasta el más mínimo detalle. Uno de aquellos transportistas era cierto Filocles, natural de Scupi, azaroso mercader que había comenzado su carrera como buhonero, los llamados *lixae*, siguiendo a las legiones por los caminos del mundo, y que ahora hacía trabajos ocasionales, aunque abundantes y bien renumerados, en calidad de *mercator* para el ejército imperial, surtiéndolo de productos y mercancías: metales para las cecas, lana, vino o, lo que era más habitual en aquellas tierras, cerveza, ámbar y pieles.

Filocles daba órdenes a sus siervos y esclavos de manera rápida y expeditiva, y a la vez no se le escapaba detalle alguno, pues estaba al tanto del peso que soportaban los bastos carretones, del estado de los correajes, de los toldos, así como de la actitud de los funcionarios imperiales allí presentes, que lo miraban con el desprecio propio de quien tiene delante a un contrabandista o un traficante de esclavos.

Constancio lo saludó de lejos, con la palma de la mano levantada. Filocles secó sus manos, húmedas de manejar los toldos empapados, y se dirigió a uno de sus esclavos.

—¡Gálico! —dijo con una voz ronca, imponente—, encárgate del cobre. Debe ir en el segundo carro, recuerda.

Después de dirigió hacia Constancio con los brazos abiertos. Mostraba un cuerpo robusto, aunque tendente ya a cierta orondez, perceptible a través de la incipiente barriga que abultaba su túnica de manga larga.

—¡Flavio Constancio! Deja que te eche un vistazo. Vaya, has perdido esa cara de pastorcillo asustado, ¿dónde has dejado a las ovejas?

—Solas y tristes —contestó Constancio, burlón—, echan de menos los mimos que les hacía.

—Ah, has cambiado, muchacho. Eres todo un soldado. Oí que tu padre murió, ¿es cierto?

—El año pasado.

—Cómo siento escuchar eso. Aún recuerdo los viajes que hacíamos a través del río, desde Scupi hasta Naissus. Tiempos duros, pero inolvidables.

—Tú también has progresado —continuó Constancio—, eres todo un *mercator*.

—Sí, y con salvoconducto imperial. Y este es auténtico —dijo riendo.

Filocles, mientras hablaba, no perdía ojo de lo que hacían sus esclavos en torno a los carros, ni tampoco a los funcionarios y los contables.

—Esos malditos burócratas.

Constancio sonrió, mostrando unos dientes grandes, luminosos.

—Ríes mucho, muchacho, ¿no habrás hecho nido tú con alguna pájara? ¿Con alguna asiática quizá?

—Qué cosas dices. —Y Constancio, ruborizado, miró hacia los trabajadores que se afanaban en la dársena.

—No te habrás casado, ¿no? Mira que eso es aún peor.

Constancio lanzó una escueta risa nerviosa y, frente a aquel hombre enorme y de aspecto imponente, se sintió como un chiquillo incapaz de ocultar nada.

—Pues —se detuvo un momento, intentando encontrar la mejor manera de contar a su amigo todo lo que tenía en mente—, lo cierto es que sí, me he casado.

—O sea que, al final, tenía razón —dijo Filocles, alzando la voz—. ¿Se trata de una de esas asiáticas juguetonas? ¿Una palmirena de tez tostada?

—Asiática es, de Bitinia. La conocí de camino a oriente.

—Ah, eres un hombre responsable, como tu padre. Dime.

—Volvió a echar un vistazo hacia donde los carros estaban—. ¿Qué quieres que haga por ti? ¿Quieres que lleve a tu esposa hasta Naissus?

—Partimos al Danubio mañana mismo y sé que allí, en Naissus, estará más segura, tanto ella como el niño que lleva dentro.

—¡Vaya! Sí que te has dado prisa en preñarla —voceó sorprendido—. Tenías miedo de que la pájara volara, ¿verdad? Debe de ser muy hermosa, entonces. —Filocles puso entonces su gran mano sobre el hombro de Constancio—. Solo espero que este hijo que esperas nazca varón, y que, además, sea el primero de muchos.

Constancio asintió, aún ruborizado, agradeciendo así a su amigo los parabienes.

—Cuenta con ello —prosiguió Filocles—. Llevaré a esa mujer y al hijo que espera hasta Naissus. Lo hago por ti y por tu padre, el viejo Eutropio. Si hoy gozo de vida, fortuna y salud, es gracias a él.

—Pues ahora soy yo el que queda en deuda contigo. —Y Constancio lo miró a los ojos. Su rubor había desaparecido.

Filocles, que se había dado la vuelta y estaba dando instrucciones por señas a algunos de los porteadores, miró de pronto fijamente a Constancio.

—No te apures. Se lo debía al viejo. De todas formas —añadió—, cuando llegues muy alto en el escalafón de este odioso imperio, estoy seguro de que sabrás acordarte de mí.

Los rayos del sol de oriente, sol de otoño, alumbraban ya toda la explanada del puerto. Constancio estaba lejos de los cuarteles. A esas horas, sus compañeros estarían ya reuniéndose en el foro, en torno al emperador y a sus estandartes. Lo que debería haber sido una celebración solemne frente a los magistrados, el gobernador y resto de las autoridades dirigida por Aureliano en persona, iba a ser en realidad una despe-

dida, pues marchaban inmediatamente al norte a sofocar la rebelión de los carpos. «Poco dura el júbilo cuando todas las fronteras están amenazadas», pensó Constancio; desde el muro de Britania hasta el Éufrates, desde el Danubio al Nilo todo era guerra.

Y así, con este pensamiento, algo desalentado, se despidió de su amigo Filocles.